

El Juez del Cantón

POR

Alberto Pérez Borges

NOVELA DE JUSTICIA



El Juez del Cantón

NOVELA DE JUSTICIA

POR

Alberto Pérez Borges



R. 311.770

TIP. SANS.-TENERIFE

1933

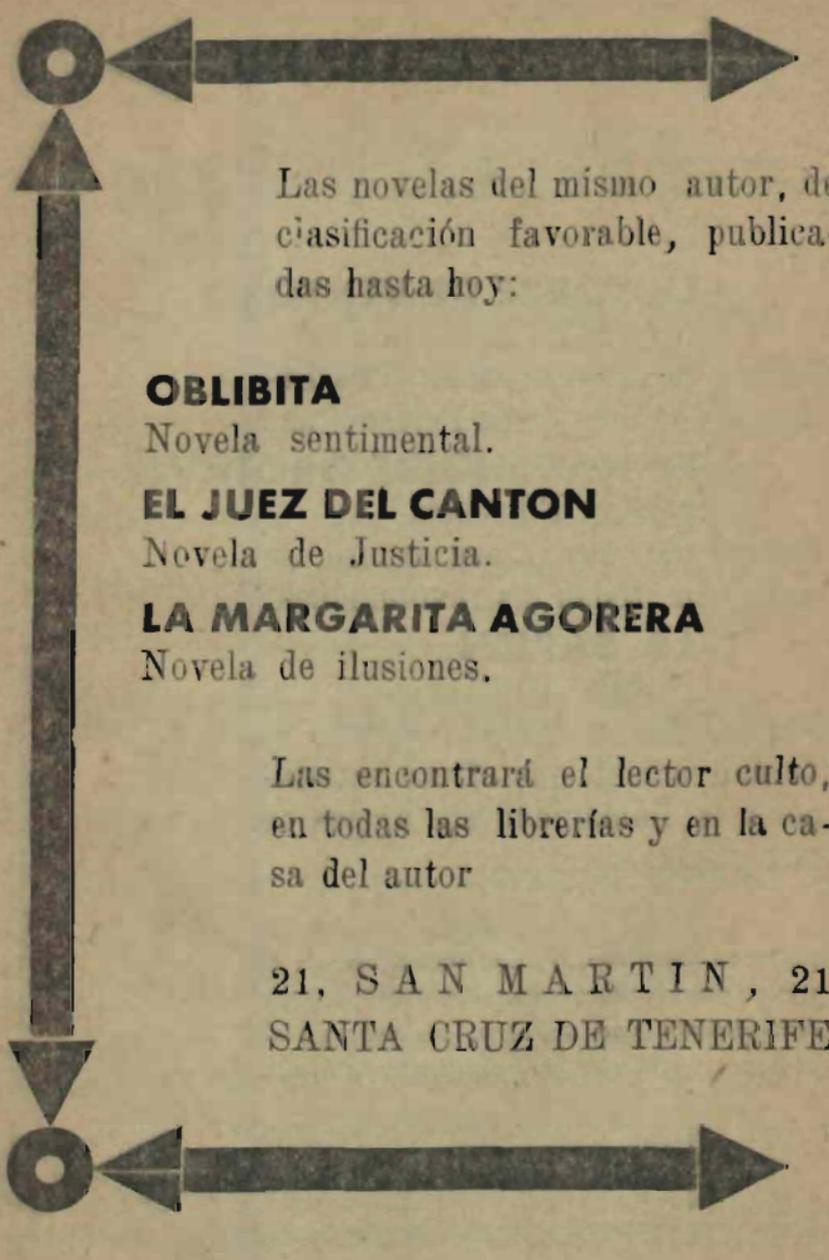


ESTABLECIMIENTOS
DE **Asensio Ayala**
DROGUERÍA, BAZAR, PERFUMERÍA
Artículos para regalo, Porcelana, Juguetes etc.
SANTA CRUZ DE TENERIFE

Muebles Benlloch

La casa que más barato vende
SANTA CRUZ DE TENERIFE
Frente Plaza Weyler
Islas Canarias

Almacén de Muebles
DE
VICTORIANO LÓPEZ GONZALEZ
CAPITAN GALAN, 6



Las novelas del mismo autor, de clasificación favorable, publicadas hasta hoy:

OBLIBITA

Novela sentimental.

EL JUEZ DEL CANTON

Novela de Justicia.

LA MARGARITA AGORERA

Novela de ilusiones.

Las encontrará el lector culto,
en todas las librerías y en la casa
del autor

21, SAN MARTIN, 21
SANTA CRUZ DE TENERIFE



Sucesivas, serán publicadas:

LA TORRE DE VENTOSO

Novela de Evolución.

En la que se desarrollan Los Literarios o Colegios de Periodistas.

EL NAVENOIDE OROTAVA

Novela Filosófica.

Dentro de cuyo argumento se condenan todas las revoluciones.

LA SAPIEN

Novela Política.

Planeando un nuevo régimen de verdad social, que ofrece satisfacer a la humanidad sus ansias de paz y bienestar.

Cada volumen contará aproximadamente de 300 páginas, y sus argumentos novelescos son continuación uno del otro, sin embargo de poderse considerar independientes a la vez.



Antonio Espinosa

DROGUERÍA, BAZAR, PERFUMERÍA
F. GALAN, ESQUINA DR. COMENGE

*Artículos fotográficos, Perfumería, Papeles
para habitaciones, Lámparas eléctricas,
Flores artificiales.*



Antonio Acevedo Rojas

F E R R E T E R Í A

IMELDO SERIS, 40.-SANTA CRUZ DE TENERIFE
Pinturas y Barnices

ESPECIALIDAD EN LOZA SANITARIA

*Contadores de agua «Perfet», Maquinaria,
Herramientas para galerías, Cristalería, Loza,
Lunas espejos, Cristales escaparates
y Vidrios de todas clases.*

IBERIA

ALMACEN DE COMESTIBLES

JOSE DE HAZ

**Donde se practica el metodo so-
cial de libretas de crédito entre
los obreros, para hacer más re-
gulares sus compras y pagos.**

ACTIVIDAD Y RECTITUD EN EL MOSTRADOR

SAN MARTIN 33

TELÉFONO 863

SANTA CRUZ DE TENERIFE

P. Hidalgo & R. Montero

**EXPORTACION - IMPORTACION
CONSIGNACIONES**



**EXPORTADORES DE FRUTOS
SEGUROS EN GENERAL**



**RADIOTELEGRAMAS "HIDALGO"
TELEGRAMAS "HIDALGO" SAN MARTÍN, 21
TELÉFONO, 171**



**SANTA CRUZ DE TENERIFE
(CANARIAS)**

SEGUIDAMENTE APARECERÁ

EL PALILLERO DE PABLO

POR EL MISMO AUTOR

Magnífica novela regional de apasionante asunto, con cuadros deliciosos del país y asuntos tradicionales del Puerto de la Cruz.

ESTA PRODUCCION DEBE UNIRLA EL LECTOR PATRIOTA A "OBLIVITE" Y A LA PRESENTE NOVELA

El Juez del Cantón

UNIVERSIDAD DE LA PATAGONIA
SANTA CRUZ

I

La Orotava es el lugar más bello de la Tierra, y Gordejuela es un pedazo de la Orotava.

Cuando, después de cruzar Santa Ursula, nos asomamos al Valle de la Orotava, lo primero que aparece a nuestra vista es el renombrado Teide, escalando el Cielo por las estribaciones de Tigaiga.

La Villa, el Puerto y los Realejos parecen aplicaciones en el inmenso Valle. Algunos caseríos se bordan en el macizado verde del campo. Infinidad de casas y chalets se reparten por el dibujado espacio. Todo su conjunto muestra una deliciosa obra artística de la Naturaleza.

Y si la vista se deja arrastrar por el suave declive del terreno hacia el mar, allá por el pintoresco caserío de los Realejos, descubriremos una chime-

nea larguísima, como una línea trazada en el verdor del campo.

Junto a esta chimenea, que ostenta perennemente su penacho de humo, en lo alto de una roca fundada en los terrenos de Arautapala, próxima al mar, fué edificada la antigua casa solariega del señor de Gordejuela. Estos terrenos le correspondieron por la conquista de Tenerife, en la que tomó parte a las órdenes de don Alonso Fernández de Lugo.

El austero e inmutable edificio había sido en gloriosos días el castillo de la familia de Gordejuela. Su tejado de alero y altas chimeneas, donde las palomas construían sus nidos, se levantaban por encima de los gigantes pinos y palmeras, y miraban, desdeñosas, la dorada salida del Sol.

Entonces, cuando en esta novela nos referimos pertenecía a la abuela de Otón, viuda y una buena alma, que se decía, tenía una gran fortuna y único heredero a Otón.

En un décimo noveno cumpleaños, su abuela preparó una opulenta cena, que fuera un gran banquete, a la que asistieron invitados todos los devotos de su conocimiento. Estos, que eran por lo común de edad madura, gozaron de la noche hasta el exceso; comieron y bebieron con estómagos felices y jugaron a las cartas hasta romper el día.

Todos felicitaron a Otón y brindaron por su salud; muchos le trajeron regalos. Pero él no tenía ningún pensamiento común con los amigos que le

festejaban. Esta impresión extraña que no lo dejaba acercarse a aquellos que él, sin embargo, deseaba amar, producía en él una melancolía tan profunda, como inevitable.

II

En la mañana, después del festival, él fué a los Realejos, entró en la Iglesia y, arrodillándose en el altar de la Virgen del Carmen, colocó algunos gajos de rosas espinosas que había cogido de los setos fuera del pueblo, en una callejuela silenciosa.

El rezó una fervorosa plegaria a la Virgen y lloraba, porque sentía un gran vacío en su alma.

El cura le sorprendió llorando y le preguntó la causa de sus lágrimas.

—Yo me siento extranjero— dijo Otón.

Y el sacerdote que había leído algunos de sus versos, le denunció en una sola frase su romanticismo.

—Usted debe recordar que es poeta.

Otón dejó la Iglesia y caminó, en una dirección

indecisa, vagando por las gavias del campo. Las paredes de piedras que las circundaban hicieron sentir frío en su corazón.

Escaló la pequeña fortaleza, adosada a la casa, en la parte baja, defendiendola siempre de las invasiones de las olas, y, desde allí, vió el panorama y oyó los sonidos que habían formado, desde remoto tiempo, su educación sentimental. Mas profundas que un dogma, era su predilección por la belleza de su raza; todo su instinto lo consumía a la conservación y ostentación de su origen español. Los caminos sofocantes, donde la falta de limpieza encona la enfermedad; los huertos tostados por el calor del verano; las chozas malolientes que se encontraban aquí y allí, con montones de trapos a sus puertas; el refunfuñar de las mujeres geniudas y el gritar de los chicos, todo mezclado, le daban una impresión horrible de la humanidad humilde e inculta. Su corazón padecía hambre, sentía ansiedades, y ni el cielo azul ni la dorada senda del Sol sobre el mar, ni las tierras amarillas, ni la remota línea del horizonte pudieron distraer su mente de su pasado. Todas las cosas se presentaban a su imaginación, bajo algún aspecto particular. Las virtudes eran madres sin amor. Las gracias de la belleza, meretrices. Las poesías, hechiceras que inspiraban locuras. Y realmente, en aquel momento, sintió la impresión de la denuncia, dejándose llevar por divagaciones de su mente; le pareció entrar, dejando el campo, en unas vastas selvas bajo del mar, que

llegaban a España, selvas que eran todo un reino maravilloso. Vió cumbres de árboles. Le pareció oír un canto que se mezclaba con el sonido de las olas. Habitaban en ellas bandadas de pájaros que cantaban canciones de la tierra de España. Vió tonos de gualda y rojo, en nubes blanquísimas. Y el canto y los colores le parecía respirarlos, mezclados con el aire de la patria de sus padres.

¡Otón, al darse cuenta, se rió en alta voz!

III

La blanca portada de la propiedad de Gordejuela quedaba, según hemos leído en unas memorias del señor de Gordejuela, al comienzo de una larga avenida de añosos robles, a cada lado de los cuales, robustas vacas de fina raza pastaban verduras y flores silvestres. La posesión se hallaba situada en un collado cubierto por un bosque de pinos y palmeras, de donde nacía un riachuelo, frente a la peñascosa costa del mar, y próxima a una pequeña caleta. Su suelo era rico en madera de construcción y en castas extensiones de verduras, donde la amapola y el clavel rojo, la amarilla margarita y cientos de ondulantes hierbas crecían en abundancia milagrosa. No había jardines como los de hoy, pero la cruzaban paseos de árboles que invitaban

a recorrer todo el parque, hasta llegar a los asomos del mar, tierra y cielo que, vistos por entre el desgarrar de los árboles, hacían una bella visión. Seguramente, en Gordejuela, siempre cantaban los pájaros; el sol siempre brillaba; la brisa era siempre el aliento dulce y perpetuo de un eterno verano. Imaginar a Gordejuela, en una tormenta o en el invierno, era imposible; era más fácil creer que podría aniquilarse por una catástrofe sísmica, como la llanura convulsionada o desaparecer como la torre de algún encantador, o se fundiera, como las nubes radiantes que algunas veces prestan breves ternezas a las heladas pendientes de una vieja montaña.

Al siguiente día, confuso e indeciso, cruzó Otón la entrada de este Parque. Caminaba hacia San Juan de la Rambla, y, en un acebo de humilde cabaña, vió una joven extraña, original en belleza, de pie cerca de la pared, con una cara iluminada de rosa y pelo negro.

Ella correspondió al saludo y sonrisa de Otón.

Demás está decir que se conocían, cuando vemos que Otón se paró hablando cordialmente con ella.

—Es un país hermoso—le decía ella—señalando con su mano hacia el mar abierto de la Ortava.

Otón siguió el movimiento expresivo de su mano, con sus ojos, y los paró fijándose con ella en la gran blusa de agua que se dilataba y contraía,

como si guardara en su seno los pulmones del Universo Tierra.

—Ve usted—continuó ella—la parte más baja de Gordejuela que se une con San Juan de la Rambla? Pues es el más placentero lugar en toda esta comarca. Ese bosque está lleno de vergeles y hueritos limitados por árboles frutales y matas de flores. Hay fuentes adoceladas con palmas que dan azucarados dátiles.

—No he estado allí—dijo Otón, echando una larga mirada al bosque lejano.

—Si usted se dirige allá,—continuó ella, muy interesada al parecer—está donde hay muchos árboles y donde el humo sale abundante. Mire usted otra vez.

—Sí, veo humo que se levanta y veo árboles muy densos.

Y ella continuó revelándole lo que deseaba.

—Allí vive una señora, completamente sola,—le decía ella con un acento de congoja— ¡joven muy hermosa! Una gran cantatriz, dicen, de Europa. Pero alguien la puso triste y, por eso, ella no canta más... ¡Oh!, Ella debió haber tenido más valor. Yo también sufro, porque mi padre y mi madre murieron; y mis hermanos, uno se murió y otro se embarcó lejos, y no sé de él hace mucho tiempo. ¡Y yo he tenido que bordar para vivir!... Como usted ve, yo no he perdido todo.

—Y no debo ser demasiado curioso; pero no sabía tanto... ¿Es usted bordadora?

Ella movió afirmativamente la cabeza, y reveló a Otón.

—He vendido a esa señora un traje de bodas. Estuve cinco años bordándolo, casi desde que conocí a usted hasta la desgracia de mi familia. La basquiña parece la túnica de un ángel y el velo es tan fino como una niebla. Pero, tuve que venderlo y estoy solitaria. Porque todos los pensamientos que he tenido, y todo el amor que he sentido, y toda la felicidad que he soñado, están allí! Yo deseo poseerlo otra vez, para curar mi tristeza. ¡Yo no puedo estar sin él, porque él es mi vida!... ¡Oh! ¡Era tan bonito!

Ella cerró sus ojos, pero irresistibles lágrimas se escaparon y humedecieron su cara.

—¿Qué desea usted de mí?—inquirió Otón.

—Usted podría hablarle...

Ella había concedido a su imaginación demasiada confianza, cuando su padre era arrendatario de la casa de Gordejuela; porque creyó que las simpatías de niños no reprobaban nunca las tendencias naturales del corazón. Mas, después de la catástrofe de su casa, sus esperanzas cayeron desde la aceptación del bienestar en la indiferencia de la pobreza, y desde el cariño de niño en el olvido del inferior.

Pero no obstante estas nociones impregnadas de atavismo, permaneció, quieta y pensativa, no perdiendo de vista a Otón, aun cuando los árboles se lo interponían a su vista. Y, mientras tanto,

rememoraba aquellas escenas fugaces e inocentes de juegos infantiles, en el patio del Castillo, aprovechando los minutos que su padre entretenía haciendo cuentas con el Marqués, o cuando acompañaba a su hermano a llevar la cestita de fruta a la casa de su amiguito.

Y ya mujer, ¡cuántas veces dejó caer de la mano la tela de aquel traje de boda que bordaba, para pensar y pronunciar el nombre de aquel niño que ella no había podido olvidar nunca!

Por último, sacudió la tristeza en que la dejó sumida Alberto, y se dijo:

—¡Qué tonta hace a uno la imaginación!

Y se retiró a su casa.

IV

Otón se desprendió de la pared seca del acebo, sin decir una palabra más; siguió el mismo camino que traía y muy pronto se encontró solo, mirando, con una curiosidad extrema, hacia San Juan de la Rambla, y se decía a sí mismo:

—¿Quién es esta cantante? ¿Cuál es su nombre?

En la playa, vió su bote y pensó:

—Iré en bote a San Juan de la Rambla.

El pasó el mar de la ensenada, de uno a otro lado, amarró su bote a un poste y subió al collado, buscando la señora desconocida. Después de vagar por el campo, descubrió, en una terraza, muy por debajo de él, una mujer leyendo. Estaba vestida de azul claro, con una blusa de encajes que cruzaban

todo su pecho; su pelo rubio estaba protegido bajo un sombrero largo de paja.

Otón se paro, sorprendido, completamente incapaz para avanzar. Sentía su lengua muda... ¿Y cómo ofrecerle las melodías inefables que ejecutaba su corazón?

Hasta que se decidió, crédulo y enamorado.

—¡No es una aparición!—dijo, y se acercó a ella.

La extraña habló primero:

—¿Es usted extranjero también?

—¿Por qué me lo pregunta usted así?

—Porque este lugar de retiro pertenece a una reclusa.

Otón intentó retirarse, mientras le decía:

—No sabía nada...

—¿Por qué vino usted, entonces?

—Fue un impulso, nada más.

Ella sonrió y le dijo:

—Usted es un muchacho guapo. Usted puede quedarse un poco y charlaremos.

—¡Oh! Muchas gracias.

—¿Cómo se llama usted—le preguntó ella.

—Me llamo Otón.

—Otón, ¿qué?

—De Gordejuela.

—No me importa conocer su apellido... De todos modos somos hermanos.

El la miró con profundo espanto.

—Sí, —ella siguió confirmando su acerto—per-

tenecemos todos a la indiversa familia humana—sonrió, queriendo dar una explicación a su réplica—. Quería decir, que eso espera usted ser en este mundo. ¿Qué trae usted en su destino?

—Todavía, nada.

—Entonces, usted debe ser estadista,—dijo enojosa y sorprendida.

—¿Para qué?

Ella le contestó insistiendo:

—¡Oh, Lord! El mundo necesita un estadista. Sea usted un estadista. Tal vez usted guarde en su cerebro la célula que espera ser incendiada, para dar al mundo la nueva forma de Gobierno que atraiga los pueblos a la paz mundial; la humanidad espera una nueva perfección y, quizás, en vuestro cerebro esté trazada esa pauta; los pueblos sufren hoy por falta de ideales de una más pura evolución.

—Yo he pensado en eso también.

—Entonces usted debe cruzar el charco. Usted debe viajar mucho.

—¿A dónde?

—A todas partes; usted necesita ver todas las cosas. Porque la política es ahora mera literatura, nada más. Los parlamentos y los ayuntamientos son las más surtidas librerías de infinidad de volúmenes de diversos matices políticos. Y usted necesita ver el sujeto real de la Historia y las verdaderos hechos de los hombres. Yo le aseguro a usted que encontraría deducciones ciertas, para confeccio-

nal el fulminante que haga explotar la célula política que se anida en su cabeza.

V

Otón contrajo los labios y le dijo:

—Usted no parece ser una **cantadora**, como dice la gente.

—Yo soy escritora—replicó ella.

—¿Y es esa la causa porqué está usted reclusa?

—Usted es un niño tonto.

—¿Qué?

—No se enfade usted conmigo, porque le hablo así. Yo fui también una muchacha boba, cuando tenía la misma edad que usted. Yo iba en busca de un amor con este y después con aquél, sin encontrar nunca mi ideal. Pero luego de mi tierna edad, yo he estado en España, en los Estados Unidos, en el Japón, Rusia e Italia... Yo iba a Madrid, Nueva York, Pekín, Moscou, Roma, etc. etc., para estu-

diar sus monumentos, su comercio, sus ideales políticos y religiosos, en fin, su progreso.

—Yo he estado también en Santa Cruz, La Laguna y Puerto de la Cruz.

—¿Y cómo empleó usted el tiempo en esos lugares?

—Yo iba siempre con agrado a pasear a la Plaza de la Constitución y admirar la Cruz de mármol, muy respetada y amada por los buenos hijos de Santa Cruz, levantada en un extremo de la plaza, como un monumento emblema del nombre de la ciudad. Yo visité la Universidad de San Fernando, en La Laguna, fuente de los sabios y patriotas de mi tierra. Y ví crecer infinidad de plantas de todos los lugares de la Tierra, en el pequeño perímetro del Jardín Botánico del Puerto de la Cruz .

—Claramente se ve que usted revela haber nacido para hombre de Estado. Usted será un buen estadista; porque es más patriota que político, más creyente que sectario.

Otón quería dar otro aspecto a la conversación y le dió un corte, interesándose más por algo que empezaba a intranquilizarle.

—Bien, pero yo necesito saber también algo de usted.

—Yo soy más vieja que usted y no vale la pena para ese interés suyo.

—Vamos por parte: ¿Qué edad tiene usted?

—Tengo veinte y nueve.

—Eso no importa—dijo el muchacho.

—Así usted debe escucharme; porque puedo dar a usted un buen consejo.

—Pero, yo quisiera saber su nombre—insistía él.

Ambos hicieron una pausa.

Por ultimo, Otón preguntó:

—¿Es usted aristócrata?

—No; Lord.

—¿Es usted burguesa?

—No, Sir.

—¿Es usted demócrata?

—Sí, hermano.

—Pero, ¿por qué se pone usted pálida?

—Esto es nada—le hizo observar ella—. Pero es muy conveniente, cuando uno viaja, no decir lo que uno es.

—¿Vive usted con su familia?

—No tengo sino abuela.

—¿Es rica?

—No; tengo que trabajar para vivir.

—Dígame su nombre, por favor.

—Mi nombre es...

Ella calló y escribió algo en su cartera. Rasgó el papel y lo tiró al suelo, cayendo a los pies de Otón, quién, recogiénolo, fijo bien sus ojos en él, leyéndolo.

Otón la dijo, retirándose:

—Muchas gracias, María Losky.

—¡Adios! y venga usted otra vez.

VI

Cuando Otón retornó a su casa, ya era muy tarde, más de lo que él acostumbraba. Su abuela lo esperaba impaciente.

Así que llegó, la anciana señora se asomó al descanso de la escalera y le dijo:

—¿Sabes qué hora es?

—Si es tarde, perdóname.

—¿Hace frío afuera, en el campo?

—No, madre. Aquí es siempre verano.

—He puesto tu cena en el comedor.

—¿Tienes vino?

—No, si quieres alguno, tienes que traerlo de la bodega.

—No importa.

Otón besó su mano y se dirigió al comedor. Ce-

nó y bebió malvasía, esperando hasta no oír ruido alguna en la casa.

Entonces, se deslizó silenciosamente por el corredor, apagando el eco de sus pisadas en las puntas de sus zapatos, para no despertar a su abuela.

El se dejó caer en la cama, y con un sollozo salvaje, arrulló su sueño y quedó dormido.

Soñó toda la noche, como supremo consuelo para su corazón, que iría a San Juan de la Rambla a la mañana siguiente.

Y efectivamente, Otón despertó con un grito, pensando si sería tarde.

El día le parecía estar más brillante. El mar y la ensenada estaban deslumbradores. Los pájaros cantaban más alegres que otros días. La senda estaba alfombrada con las hojas y flores del espino.

Cuando Otón llegó a la terraza, encontró allí a María, vistiendo una bata de rosa; estaba hermosa, sonriente y tranquila; sus ojos miraban con unas pupilas avellanadas.

Por algunos minutos permanecieron callados.
¿Présentían ambos una misma dicha?

—Por supuesto—dijo María— este silencio no puede continuar.

—Usted me advierte eso con muchísima razón. Las palabras de otros no nos importan; las nuestras son las que han de expresar lo que sentimos.

—Entiendo que debemos ser claros—dijo ella.

—Entonces, ¿por qué no se determina?

—Muy bien; ¿pero te decides, a tu vez, a viajar primero?

—Sí, yo debo complacerte.

El cogió sus manos, y de nuevo se entregaron al silencio: De esta manera se explica siempre el futuro amor.

—¿Qué piensa usted?—la recordó él.

Ella se dió vuelta para contestarle.

—Estoy conforme con lo que usted me dice.

VII

Los ojos de María Losky se llenaron de lágrimas y exclamó:

—¡Oh! ¡Si esto fuera posible, mi querube!

—¿Cree usted, acaso, que todo esto sea una broma?

—Mira, amor inocente, nosotros no vemos nuestra realidad, porque hablamos de nuestro futuro como no puede ser.

El quiso inspirarle confianza, y le declaró:

—Esto, amor delicado, es una verdad. Escúchame, María. La vida no ha de ser como la encontramos, sino como nuestro corazón quiere que sea. A nosotros nos toca hacer nuestra realidad de la vida. Dime ¿por qué es imposible?

—Yo lamento—contestó ella, prontamente—

que estuviera aquí, en la terraza, cuando pasastes ayer por el camino, si nuestro encuentro ha de terminar en desilusión.

—No es así— le juró Otón—yo no podré amar a otra mujer, después de conocerla a usted.

María se concretó a decirle, simplemente:

—Yo te creo.

Otón, con el goce de su presencia, no había pensado que tenía que marcharse, ni que su alejamiento de ella pudiera ser desolación.

El añadió:

—Yo tendré que agradecer a Dios mucho, de hoy en adelante más, por darme tu amor. Yo te amaré eternamente.

—¿Por qué te anticipas, mi querube, a hacer promesas tan temerarias?

En este momento aparente, Otón le habló del asunto del traje de boda, bordado por la joven que encontró en el camino; pero, egoísta, más bien para sacarle una promesa que diera forma real a sus ilusiones.

—Yo sé que usted ha pensado casarse; usted compró a una joven del país un traje de boda.

Y una conversación, matizada de bellos celos, desarrollaron mientras caminaban juntos, hacia la playa, donde el bote de Otón aleteaba, inquieto, en las aguas, como si presintiera un peligro en su amo.

.....
Pronto se encontraron en la orilla solitaria y descansaron en la arena. ¡Oh! las orillas solitarias

del mar tienen siempre horas libres para el amor; tienen siempre solemnidades de templo para recibir el juramento de un amante; tienen siempre penumbras en sus cuevas para enterrar el secreto de un beso...

.....
María volvió la cabeza hacia el mar que los invitaba a huir con marcada malignidad, y dijo a Otón:

—Yo tengo miedo de acercarme al mar; las olas me gritan con solemne aviso. Y, por otra parte, no puedo despedirme de tí.

Su lenguaje era excesivo y amargo, y no miraba a Otón, sino al bote que, abajo en la orilla, se movía, como diciéndole: ¡no!

—¡Tú has dejado—continuó ella— una sensación en mi, y no puedo decirte adios!

—Ella repetía, casi llorando:

—¡Yo tendré mucha pena, porque temo no poder vivir sin tí!

El también repetía, para consolarla:

—Yo volveré pronto y no tendremos penas, amor mío.

—¡Sí; no permitas que sufra tu ausencia por largo tiempo, que si esto es un cuento de encantamiento, yo quiero que dure sin término en mi vida!

Cuando esto decían habían llegado a la arena que las olas lamían y oyeron que estas cantaban:

—¡Venid que nosotras os llevaremos a un paraíso!

—¡Hay una primavera en cada año, como hay solo una juventud en la vida, y en cada vida un amor!

—¡Venid, porque no hay sino un amor en cada vida!

—¡La primavera no es eterna, ni la juventud existe siempre, para daros otra ocasión de amar!

—¡Venid, porque no hay sino un amor en cada vida!

.....
—Ven pronto—le decía María, caminando a su lado.

—Yo vendré luego—le repetía él.

Ella besó uno y otro remo y musitó una prez.

El empujó el bote y entró en el mar, retirándose de la playa. Otón le gritaba, alejándose de la ribera quejumbrosa.

—Yo volveré siempre...

María agitaba, agitaba el pañuelo repetidas veces.



VIII

Los consejos de María Losky comunicaron una fiereza, yo no sé si de utilidad o de vanagloria al joven Otón.

Lo que sí puedo aseguraros es que experimentó en su voluntad algo así a lo que acontece al codicioso bebedor del caldo de la uva, y más aún si este es convertido en coñac: una intrepidez arrolladora.

Un día posterior, a la escena amorosa con María Losky, lleno de fácil palabra y decidido, argumentaba Otón a los reparos de su anciana abuela, en una demanda sentimental de separarse de ella, solicitando permiso y recursos para ir a ilustrarse, ilustración que fuera luego mérito grande para su persona y motivo a su patria de una gloria más.

Y he aquí, que, ganada la demanda, un día de invierno, en que deluviaba desbordantemente, la fragata que hacía la travesía hasta Cádiz, destinada a llevar la correspondencia de Canarias, recogió a Otón llevando tantas ilusiones de triunfos futuros en su magín, como cartas alojaba en la bodega "La Numancia".

Y otro día, dos semanas después al que menciono se apresuraba Otón por encontrar alojamiento tolerable a sus recursos, al llegar a la capital de Andalucía, hasta que encontró una fonda conocida aún con el nombre de "La Cabaña", que no desmerecía a su fila social, en una singular rambla donde, por entonces, estaba instalado el gobierno civil.

Apenas había acomodado su equipaje en la habitación que le destinaron, salió al balcón a reconocer el lugar. La impresión del recinto fué catastrófica; se figuró los árboles esqueléticos formados de tibias, fémurs y falanges, y los pedestales de las luces, cuya talla raquítica no excedía de las ramas oscuras, lampadarios fúnebres, demarcando unos y otros la lápida, enjuta y longa de un sepulcro, que debiera ser el del Caballero de la Triste Figura.

De pronto vino a distraerle una bulla aguda que empujaba ondas alborotadoras al interior de la plaza.

Otón se encontró atraído por el escándalo callejero, viendo como la gente acudía a la Plaza de la Constitución, atropelladamente.

A esa hora, el barómetro acusaba el máximo de calor del día, como los ánimos de los ciudadanos acusaban grados de motín, y si no estaban en tiempo de Esquilache, sin duda, lo remedaban sobradamente.

Los gritos que oía Otón se lo denunciaron:
—¡Abajo la ley de la enseñanza obligatoria!

Estas voces eran toda una protesta a los privilegios de los letrados y una petición de los mismos derechos que pudieran gozar los que no sabían leer .

Bullía la gente en grupos por la ampliación del lugar y sus rumores parecían los ruidos estentóreos de la tormenta, o reproducían las estridencias del buque que acababa de dejarlo en Cádiz.

El seguía en su ventana, empeñado muy formalmente en traducir aquellas frases inexplicables y subversivas, muy en serio lanzadas por aquella muchedumbre, y se asía a su empeño de comprenderlas.

En este momento, un caballero, gallardo y sonriente, bajó de un coche, que acababa de entrar en la plaza, y se adelantó a los grupos, haciendo esfuerzos por dirigirles la palabra, cuando el populacho empezó a flagelarlo con sus gritos.

A todas estas, el Sol llegaba al cenit, y sus rayos caían por el espacio, enfocandolos el astro del día al centro del alborotado recinto.

Otón, sin dejar de estudiar aquellos seres sin talla social, advirtió que, bajo su balcón, un hom-

bre de trazas voraces sacó una tremenda navaja de su bolsillo, y abriéndola se abalanzó a la autoridad que los arengaba.

El pensamiento de Otón debió ser más veloz que la chispa eléctrica, y abandono, precipitado, el balcón; saltó de dos zancadas las escaleras, que lo separaban de la plaza buscando la vera de aquel hombre, hasta que llegó él en el momento que levantaba el brazo para hundir el arma en el costado del gobernador civil. Pero Otón le arrebató la navaja, y encarándose con el asesino, le dijo aquellas palabras que luego hicieron célebre al Marqués de la Florida, tal era el nombre del canario, hijo de la Orotava, que era la autoridad amenazada:

“—¡Un hombre tan guapo no debe morir así!”

Y partiendo la hoja de acero en dos pedazos, arrojó sus mitades a los pies del presunto asesino.

Este acto valiente de Otón, humilló al obrero fiero, y descongestionó el motín. Las gentes con singular visual de admiración, y reaccionando favorablemente, terminaron por aplaudir al Marqués de la Florida y a Otón, cuando entraban juntos por el portal del Gobierno civil.

¡Bella condición del noble pueblo español!

IX

Y como los actos generosos, nobles y valientes se premian siempre, al siguiente día, Otón fué nombrado Juez Municipal, con misión explícita de hacer cumplir la ley de enseñanza obligatoria, sujeta a un articulado de penas, recomendadas a todas las oficinas, con libre examen de cada autoridad.

Sudando recorría Otón, ese primer día de autoridad, la calle que lo llevaba al viejo ex convento, donde estaba instalado el Juzgado. La ciudad se envolvía en los ardores del sol, y para Otón no había la esperanza de que la brisa le indemnizara con alguna fresca caricia.

El secretario, medio encorvado, le esperaba en el amplio corredor que servía de antesala al salón de juicios. Al fin se oyó un chirrido y la puerta

dió paso al señor Juez. Halló Otón el empolvado piso de tea y se sintió envuelto por un ambiente rebotante de los depósitos colectivos cercanos que habían recogido por centurias los despojos de disgestiones laboriosas de sendos purés.

Esta circunstancia desagradable para su olfato, le hizo exclamar:

—Indudablemente, los que eligieron este lugar para Juzgado no saben "leer" (quiso decir Otón "oler").

Esta circunstancia de confundir un vocablo por otro, le denunciaba la obsesión que traía tatuada en su ánimo de contribuir a hacer efectiva la obligación que tenía todo ciudadano de saber leer y escribir.

En el local de justicia, no entraba el rayo brillante de sol que hiere la vista en las calles soladas. De aquí que el secretario se quitara los espejuelos ahumados, o acaso fuera para ver mejor a la nueva autoridad y reconocer qué tufos traía.

Pero en cambio de la poca luz, empezaron a presentar, muy generosas e importunas, muchas demandas y quejas, nunca olvidadas por los reque- rientes en aquel lapso de tiempo que había permanecido el Juzgado cerrado por falta de juez.

El primer acto debía ser la realización de un matrimonio civil que venía solicitando una pareja joven.

—¿Cuáles son vuestras diligencias?—interrogó Otón sin lisonja en sus ojos.

—Deseamos casarnos civilmente, señor juez.

Otón empezó con la pregunta reglamentaria, según la nueva ley, fijando, muy abiertos, sus ojos en ellos.

Dirigiéndose al que aspiraba a cónyugue:

—¿Sabe usted leer?

—Sí, señor juez.

Inquiriendo lo mismo de la consorte en pretensiones:

—¿Y usted sabe también leer y escribir?

—Yo, no, señor juez.

E inmediatamente, Otón, ávido de rectitud, acordó:

—Si quieres “cubínculum”, aprende a leer. Pueden ustedes retirarse.

Cuando Otón jugaba, atendía más a la letra que al espíritu de la ley. Se había trazado un camino: perseverar en la pena, para restituir la gente a la cultura. Discurría como el ángel del paraíso, y no quería la lobreguez del alma de su prójimo, Por eso, la terneza desaparecía del acento de su palabra cuando descubría la ignorancia voluntaria en la gente.

Pasó a la segunda demanda:

—Y usted, ¿qué reclama?

—Yo denuncio al señor juez el siguiente hecho: Es el caso que mi suegro poseía un vivero y en cuanto los herederos nos entregamos un ojo, apareció alguien dueño de él, desglosándolo de los bienes a heredar.

Cualquiera, que notó la contracción de los músculos faciales de Otón, hubiera supuesto que el

asunto era difícil a resolver. Sin duda, el caso era un formidable chapuzón al derecho de los demás herederos, y volviéndose hacia el secretario, apreció grave el hecho.

—Es un caso de inmediata prisión. Empiece usted a instruir las primeras diligencias.

Pero apenas el secretario había tomado la pluma, repuso:

—Espere un poco; porque tenemos que adactar la solución al reglamento vigente.

Y el juez encarándose con el demandante, le exigió:

—¿Puede usted afirmar eso categóricamente?

—La acción se consumó, señor Juez.

—¿Y cómo atestigua usted tal propiedad?

—Señor, debe decirlo el testamento.

—¿Debe? Entonces, usted no lo ha leído.

—No, señor juez.

—Pues, no tiene derecho a heredar el que no se ocupa de leer sus intereses. Puede usted retirarse.

—Y así, porque sí, nos quedamos sin recurso alguno, para defender nuestros derechos?

—No te queda otro recurso que el “as de basto”... si puedes!!

Ya la risa se secaba en los labios del secretario. Sin duda, cazoleaba su magín, al recuerdo de su cocina, haciéndole decir entre dientes:

—¡Demonio de la ley! Si este cantón sigue así me hace poner el puchero vuelto abajo.

Y entra el tercer querellante. ¡Qué cara asus-

tado traía! ¿Quién no se prosterna ante la astucia? La astucia es más poderosa que la ley: es la fuerza del entendimiento que se enseñorea del derecho; ella es la melena del león que espanta cuanto más la mueve la embestida de la fiera. Un hombre sin conciencia hace estremecerse de terror! hasta el hermano tiembla a la vista de otro hermano, cuando le hace una jugada desfavorable, y se retira al interior de su albergue para mascullar en silencio la historia de su mal corazón!

Y nada le vale que se diga:

—Si yo hubiese tenido energía para oponerme!..

¿Si yo hubiese derribado al león!

—Y usted ¿qué trae, señora?

—Yo, señor juez, quería anular la venta de sus bienes que realizaron con un hermano mío, en la noche de su muerte.

—¿Y esa venta fué legalizada por un notario?

—Sí, señor juez.

—¿Y usted no pudo evitarla?

—No, señor juez, porque entraron al notario por la puerta trasera.

—Pero se habrá encontrado el dinero porque fueron vendidos tales bienes, y usted habrá participado de él, como heredera, o justificado su empleo.

—No he leído los documentos, en los que debe constar la venta y la cantidad por qué fué realizada.

—Por no haber leído, no puedes saber los puntos de nulidad de que adolece la venta. De hoy en

adelante, no sueltes de la mano el "as de bastos", para no dejar a nadie entrar en tus intereses por la puerta trasera, y derriba con él al león antes de que coja la presa. Puede usted retirarse.

Los globos de los ojos del secretario se movían sin órbita fija. Marchaban al capricho; unas veces, perseguían algo en el techo de la sala, como buscando un auxilio; otras retozaban en su alveolo, como huyendo de un miedo; otras, rebuscando en el suelo una raja de tea para incendiarla y dar luz al cerebro del juez.

Excogitaba una frase venturosa que viniera en su auxilio! Porque eran tres derechos que el juez del cantón le había arrebatado de sus manos! Aquel hombre no se hacía cargo de su situación! ¡Ese día, le había sabido la ley de enseñanza obligatoria a bayonetazos! ¡Cómo decirle a aquel obsecado, que si seguía así desfondaría por completo el bolsillo de su chaleco!

De repente, en un acto de desesperación, sumergió los ojos en el cerebro del juez y repuso:

—Si estas conciliaciones siguen así, señor juez, está por demás este Código y todo mi saber leer.

—Tiene usted razón. La ciencia de los hombres es una contradicción. Los querellantes perdieron su herencia por no saber nada leer, y usted pierde sus derechos por saber leer mucho—se concretó a contestarle secamente Otón.

—Entonces, ¿en qué quedamos, señor juez?

—En cantón, secretario.

X

La aventura de Otón nos obliga a entretener al lector en un poco de historia universal. Lo que os voy a decir es un movimiento áspero de los pueblos, pero las palabras que lo describen deben ser muy comprensivas del hombre.

En 1627 comenzaron las grandes tempestades parlamentarias que hubieron de arrastrar a Carlos I al cadalso, sustituyéndolo por Cronwell, el primer y único presidente de la primera y única república de la Gran Bretaña. La libertad de elegir el Parlamento y el libre examen de la Biblia del protector provocaron el desconcierto de todo. Sublevada la conciencia del pueblo inglés era natural la insurrección a las instituciones, y vino la anarquía religiosa, la anarquía política y las demás anarquías que eran tan innumerables como los cerebros de los

hombres. La discrepancia llegó a su más alto grado en el ejército, en el parlamento, en el sectarismo de los pueblos, etc., etc.

Un día Cromwell, que también discrepaba del Parlamento, a quien creía origen de la general discrepancia, rodeado de soldados, con las armas en la mano, se colocó en medio de la sala del parlamento y mandó a desalojar el local, diciendo:

—“No, vosotros no sois un parlamento, sois un montón de borrachos y de perdidos... ¡No, no, idos, salid, partid, que jamás vuelva a oirse hablar de vosotros!”

Esto no quitó que el otro parlamento, nombrado por el libre examen bíblico de Cromwell, ofreciera a éste el título de rey. Rechaza el título, pero acepta el trono para su grandeza, para el poder de sus persecuciones.

El trono republicano le fué arrebatado como su vida, en medio de una tempestad de guerras, a igual que el huracán del equinocio que soplaba la víspera del día de su muerte.



En nuestra historia contemporánea, año de gracia de 1873, de la misma manera, empezaron las

grandes agitaciones de las Cortes españolas. El áspid de la revolución recorría toda la península, envenenando las conciencias. Dos grandes partidos se disputaban el porvenir de España: los amigos de la libertad, con la garantía de la conciencia religiosa, y el partido de la libertad de la conciencia, con el salvo conducto de la demagogia descreída y turbulenta.

Siempre y en todas partes, los partidos demagogos han buscado y presentado al pueblo una víctima para engañarlo y atraerlo. Han sabido interpretar el instinto de rebeldía de las muchedumbres. De esta vez, la víctima fué Isabel II, que descendió del trono para ser sustituida por la presidencia de la república. El pensamiento libre triunfó más en la política que en la religión, y se hicieron libres las provincias declarándose cantones; y se hicieron libres las autoridades, haciéndose intérpretes absolutos de la ley.

Y ya no se entendían. La rivalidad acrecentaba y enardecía a los diputados en el Congreso: unos, en nombre del pueblo pedían mayores poderes, extensiones de dominio; otros, solicitaban apoyo de la república para defender al pueblo de la tiranía personal. La guerra en el Congreso y en los pueblos era demasiado grande para sufrirla, más la patria. Y un día, Pavía, inspirado tal vez por ésta, se presentó en el Congreso, con fuerza armada, y dirigiéndose a los diputados les intimó:

—¡Disolveos, insensatos!

XI

¿Y el juez del Cantón?

Me parece oír preguntar al lector impaciente por saber de la suerte de Otón.

La Providencia no fué muy compasiva con él. Corrió la misma suerte de aquella república. De un sólo golpe, el juez y el Cantón perdieron la autoridad y la independencia. La Historia muestra muy claramente la ejecutoria de los hechos. Vino el descrédito de la justicia, el descrédito de la ley, el descrédito de la autoridad... Y naturalmente, cayó todo: el juez, el cantón y el régimen.

Y vamos a Otón que es lo único que nos queda e importa para seguir el relato de esta novela.

Dos días después—siempre lo recordaba él con horror—serían las diez de la noche, lóbrega y encapotada por las nubes oscuras, pasos recelosos

despertaron el silencio y no sé si al caballero de la triste figura, al pasar por la loza enjuta y longa, que se dilataba por la pendiente de "La Rambla de la Constitución". Estos pasos eran dados por cinco formas de seres humanos que, poco después, se pararon a la puerta de la fonda, donde a esa hora dormía Otón. Este abrió los ojos desmesuradamente al ser despertado y escuchar que agentes de la autoridad esperaban por él en la antesala. No se negó Otón, y, más que de prisa, se apresuró a vestirse. Ante aquellos personajes fingidos, agentes de la autoridad, recibió la orden de que había de embarcarse en aquella misma hora, en la fragata "Numancia", que estaba para salir con dirección a Canarias.

Importa al lector saber quienes eran aquellos fingidos policías y vamos a decírselo:

Los menos corpulentos eran los dos "pollos del cubículo"; uno, más desarrollado e imponente como un imperativo, cuñado de los del "desglose"; la mujer enlutada, hermana de los de la venta "inartículo mortis", y el personaje encorvado y ceñudo, el secretario "sin derechos".

Albergaron a Otón en un desnivelado y desvenijado coche, con dos jamelgos tordos, y lo condujeron a la bahía, en cuyas aguas de luto como la noche, les esperaba una falúa.

Antes de embarcarlo se expresó así el malhumorado secretario:

—Ahora vas a interpretar la ley de la Enseñanza obligatoria a tu pueblo, donde, si tú eres la

muestra, deben haber buenos pejes! Y cuando estés entre ellos, no te olvides del "as de bastos"!

El espigón a donde se adelantaron estaba lleno de penumbras; apenas se reflejaban en sus baldosas, las luces de las embarcaciones y el destello lejano de las estrellas. El mar ronqueaba, tumbado en su primer sueño. Sólo el pensamiento de Otón estaba alborotado. La cinta que se desarrollaba, y era él su principal personaje, lo llenaba de turbación, reprimiéndolo y sometiéndolo a todo.

Entró con el secretario en la lancha y los remos chapotearon las aguas, dándole impulso. Invasión de ideas horribidas, se dejaba arrastrar por aquel torbellino de misterios. Los remos, haciendo palanca en la chumacera, producían una música de crótalos, mientras ideas contrarias volteaban en el cerebro de Otón, sin poder descifrar aquel enigma de su situación. El bote se arrimó a la banda del "Numancia", cerca a la escala de babor, y, desde el barandaje, una voz, con un dialecto desconocido por Otón, se comunica con el secretario. Seguidamente, una atmósfera de brea envuelve a Otón al cruzar la cubierta de la fragata, guiado por aquel marino que lo acercó al escotillón del rancho, y lo hizo bajar por aquel brocal negro y estrecho, recomendándole que procurara dormir en el sollado, sin darse a conocer hasta el día próximo.

En medio del asombro que lo paralizaba, le tranquilizó algo aquel marino que lo llevó allí; dejó de saltarle el corazón y sus nervios empezaron a tranquilizarse, hasta que se quedó dormido.

La faena de la salida del correo para Canarias cesó. El viento empezó a mover sus fuelles sobre la arboladura de la fragata y fueron desplegadas todas las velas. Luego el mar, siempre quejumbroso, abrió paso al Numancia obligado por su roda que lo rompía a cintarazos. El timonel se sentó cerca del cubichiche de la brújula y se formalizó la guardia de la noche. Los demás marinos bajaron al rancho y se entregaron al sueño, cansados de la faena del día. El cuneo de la nave había facilitado a Otón un sueño pesado, sin dejarle dar cuenta de los huéspedes que le acompañaban.

Todos roncaban, y supongo que Otón también, cuando una patata de uno de los marinos cayó sobre su cara y lo hizo decir en sueño: ¡Croto!...; pero siguió soñando que se comía una buena lasca de queso Gruyere.

La atmósfera se enrarecía cada vez más, y la porción de aire que venía de fuera, quedaba aposentado allí no dejando que la otra cantidad de turno entrara a renovarlo. Y sucedió que la hartada del Gruyere, los desprendimientos de los cuerpos sudorosos de los marinos, y el olor acre de los virginius que soplaban, llenando el interior reducido del aposento, y el ambiente de brea repletaron demasiado el estómago de Otón, pasándole lo que a todo volcán, por la aglomeración de substancias explosivas en sus entrañas, que vino el mareo y reventó con una buchada que fué a caer en la cara del marino que dormía a su lado, despertándose ambos, casi al mismo tiempo.

Otón, medio ahogado, diciendo:

—¡Croto!

Y el marino, medio asfixiado, prorrumpiendo:

—¡Fos... puñales!!

Señaló éste con el puño el lugar donde salió el
¡Croto! y descargó una tremenda trompada en la
cara de Otón, que le hizo repetir:

—¡Croto!... ¡Croto!!

Y despedía de su boca los restos del vómito,
los cuales dieron de nuevo en la cara del marino
furioso, quien sin solicitar su nombre, le replicó:

—Qué ¡Croto!... ni qué pu...!

Y cogiéndolo por los fondillos, lo enfiló a la boca del rancho, lanzándolo, como una boya, a la cubierta del buque, donde rodó por encima de rollos de sogas, lonas y maderos.

XII

Se levantaba la aurora. Bajo el cielo azul y dorado, el viento trasnochador pasaba por la arboladura del "Numancia", dejando en su velamen la canción del amanecer. Las costas de España se disolvían en el horizonte de un mar rizado, señalando a la nave un camino refulgente de plata.

A proa, apoyados su pecho y brazos sobre la curva de una pipa, Otón, oía el trajar de la roda, venciendo a las olas del océano inmenso; le estremecía el crujir de las cuadernas, la vibración del cordaje, el barrenar de los mástiles y el firmamento sin horizonte visible.

Así estaba su ánimo lleno de terror, dándose cuenta del abandono en que lo dejaron las personas misteriosas, la pasada noche. Callado, cual si la desgracia hubiese puesto en sus labios un cerrojo;

sus mejillas tornadas tívidas; por sus labios había pasado el lápiz blanco; su nariz, afilada, como el botalón del buque; sus ojos estaban custodiados por violáceas ojeras que pintó la noche horrenda.

El juez humillado seguía mirando al mar; unas nubes grises se arrastraban por él, en la lejanía que oteaba; el sol de la mañana lanzaba una claridad roja, como un brochazo trájico sobre éstas. Poco tiempo transcurrió así, dando a estos signos interpretaciones fatales; porque sus oídos oyeron a su derecha una imponente pregunta:

—¿Y usted por qué se halla aquí?

Era la voz del capitán, a quien el marino de guardia había dado parte de que un polizón había aparecido en la cubierta del buque.

—Porque me han traído.

No supo dar Otón otra contestación más explicatoria, que amansara el humor de perros del capitán, a quien hicieron levantar a poco de haberse acostado.

Este se encaró con Otón, amenazándolo con los puños cerrados, haciendo recular al infeliz, con una protesta en sus labios:

—¿Por qué viene usted a pegarme, ¡Croto!?

La cruda exclamación fué tomada por el capitán como un "nombrete" insultante, y arremetió contra Otón, descargándole una tremenda trompada que lo hizo montar la borda y volteó cayendo al agua.

Sus gritos llamaron la atención del cocinero que se apresuró a salir del fogón con un cucharón lar-

guísimo en la mano ,acercándose al grupo del marino y capitán, al mismo tiempo que éste decía:

—;Déjalo que se ahogue!

Pero el cocinero que tenía cuerpo de ballena y corazón de hombre, después de darse cuenta del hecho, se encaró con el capitán y le increpó, amenazándole con el cucharón:

—;Si este se ahoga, se ahoga usted también!

Todos temían a bordo al cocinero, incluso el capitán, quien reaccionó de su salvajismo, y le dijo:

—Pues, échale un cabo y recójalo.

Instantáneamente, el marino de guardia ,a la sazón presente, que participaba del mismo sentir del cocinero, le arrojó la punta de un cordel, gritándole que se agarrara a él, fuertemente. El cocinero ayudaba al ascenso del cuerpo chapusado de Otón que se dejaba atraer lentamente por la banda de babor de la nave.

Cuando estaba al borde del casco del navío el cocinero bajó los brazos para cogerlo; pero las manos de Otón, debilitadas, sin duda, del bregar de la noche, no pudieron esperar a que llegaran a él; y su cuerpo volvió a caer en el mar, hundiéndose en la masa líquida.

El marino, dándose cuenta del peligro que corría, se lanzó de cabeza zambulléndose en las aguas. A los pocos minutos, apareció en la superficie del mar con Otón ,enlazado su cuerpo por el cordel, que le había cruzado bajo sus hombros. El cocinero completó la faena de salvarlo, halando por él, mien-

tras el marino lo empujaba hacia arriba, desde el mar.

El fiero capitán, sin embargo de presenciar el peligro de Otón, antes de retirarse, ordenó al marino que lo ataran a la barra del barco.

Allí estuvo todo el día, secando sus carnes y sus ropas, del baño de la mañana, y haciendo reflexiones de paciencia, para calmar sus nervios.

Hasta que, al comenzar la noche, el cocinero se acercó al capitán, pidiéndole la computación de la pena, por el trabajo de ayuda suyo de cocina.

Accedió el capitán, pero exigiendo que el trabajo fuera extensivo a los demas quehaceres de abordo, cuando se afreciera.

XIII

Al día siguiente, Otón tuvo que aprender el arte culinario, desempeñando el puesto de ayudante de cocina; y era de preferir la libertad de sus manos mondando papas a permanecer asidas a la barra dura. Esta situación errática le drotegia, ayudándole a suavizar la terrible maldición que lo trajo allí. Para disimular mejor su desgracia, se hacía cada vez más comunicativo con el cocinero en quien reconocía su defensor y protector. Este, por su parte, empezaba a intrigarle por saber quién era, a qué familia pertenecía, cuál era su pueblo natal. Este interés tenía tanta más vehemencia en su ánimo, cuanto más le miraba con atención, y cuando detenía sus ojos en él, pasaba por su memoria, sin descubrir el porque ,remembranzas juveniles que golpeaban su corazón, dejándolo agitado. Esta an-

siedad representaba para él una guardia perenne de su pensamiento. En esto, en medio de la conversación que se tenían, vino bien descubrirle su intención:

—¿Pero es usted de Tenerife?

—Sí, de la Orotava.

—¿De qué pueblo?

—De la jurisdicción del Realejo-bajo.

—¿De qué familia?

—De la familia de Gordejuela.

El cocinero, dejó el cucharón, y quedó petrificado ante él. Abrió los ojos, con una mirada de arrebató. Posó sus manos en los hombros de Otón, haciéndole sufrir su contracción nerviosa. Entonces le delató toda su emoción, diciéndole:

—¿Tú eres Otón? y tal vez no me reconozcas! Yo salí de Gordejuela cuando eras aún muy pequeño! Pero en tu memoria han de quedar recuerdos de nuestros juegos de niños. ¿Recuerdas cuando mi padre era arrendatario de una porción de tierra de los bienes de tu casa? Las escenas que mejor esclarecen nuestros recuerdos de niños son los juegos inocentes, y tú puedes acordarte cuando acompañábamos a nuestros padres a tu casa, y mientras hablaba con el tuyo, jugábamos en el patio del castillo, tú, yo y mi hermana, muy niña aún, Josefina.

Otón abarcó su pasado en un destello ingente y vino a la pantalla de su memoria todas las alegrías de aquellos juegos. Abrió los brazos y se estrecharon ambos.

—Tu eres Juan Antonio—recordando Otón al

pequeño amigo—, hermano de Josefina... Josefi-
naaaa!

Este nombre, pronunciado por Otón, con cierta
dejación amorosa ,era un sorbo de digital para su
corazón.

XIV

Mientras ellos daban alegría y contento a estas nociones que son inseparables del humano corazón en la vida del hombre, el capitán hacía las observaciones con el sextante, desde el castillete, al llegar el sol a su cenit.

La "Numancia" entraba en el paralelo 19, hacia el Sur del meridiano de Greenwich. La nave aprovechaba, con un viento favorable, 15 millas por hora, con rumbo decidido a las Canarias. Nada turbaba el reposo de la marinería.

De pronto un ruido lejano y raro llemó a los oídos del capitán, como zumbido de celulas en un cerebro, que le hizo volver la vista atrás. Enfocó los gemelos y vió a lo lejos, tras la línea del horizonte, vellones pequeños de nubes, los cuales parecían lanzados por la fuerza expansiva de una chimenea de

locomotora, consumiéndose en el horizonte remotísimo, sin terminar su velocidad. Dejó el castillete, precipitadamente, de tal manera que, al pasar corriendo por la cocina, hizo exclamar a Otón:

—¡Qué se traerá el capitán! ¡Croto!... ¿Se habrá vuelto loco, ese tío?

Otón recalcaba la palabra despectiva con reconcentrado odio.

Comprobó su sospecha en el barómetro, donde vibraba el mercurio con tendencia marcada a bajar y subió de nuevo.

—¡Todo el mundo a cubierta!—ordenó enérgicamente.

Distribuyó a los marinos, empezando la faena de aferrar. Las lonas se plegaron; las vergas fueron fuertemente anudadas a babor y estribor; las escotillas cerradas; y el pasaje recluso en la cámara.

Sólo dejó desplegados el foque menor y la mayor del palo mesano, para la maniobra del buque.

No se hizo esperar mucho tiempo el huracán. Con un rugido espantoso anunció su presencia en el barco, el monstruo. Su impulso desaforado hizo aletear la mayor retrallando entre la botabara y el cangrejo, desgarrándola en cintajos y deshizo la vela triangular del botalón, lanzándola al mar; pasaba por el aparejo de la fragata, dejando en cada cuerda un sonido agudo, acromático.

La "Numancia" corría a palo seco el temporal, con una velocidad de 30 millas por hora. Las olas montañosas la impelían, y el viento de popa le im-

primía una carrera epiléctica. La nave baró en una de estas olas encimadas, y entró en una celeridad vertiginosa. Estas se sucedían sosteniendo el andar rapidísimo del buque.

Así bregó la "Numancia" toda la tarde, hasta que, al oscurecer, empezó a amainar el viento, volviéndose a restablecer el equilibrio del buque. El capitán, desconfiado del poder del casco de la anciana fragata, mandó dar a la bomba, y, después de entretener la gente largo rato, notó que el agua no disminuía.

El ímpetu del ciclón la había desencuadrado.

El peligro varió de aspecto, entonces.

La casualidad de estar cerca Otón, dió lugar a que se fijara en él el capitán, y lo designó para que quedara toda la noche dando a la bomba. Esta severidad tenía toda la intención de una venganza, la cual recrudesció en los días sucesivos, no permitiéndole descansar, sino en la hora de comer y muy poco por la noche. Gracias a la ayuda de Juan Antonio pudo resistir hasta el final del tercer día que recaló la "Numancia" al puerto de Santa Cruz.

XV

Desde que Otón tomó tierra tinerfeña y templó de nuevo sus nervios en las emanaciones termales y metalóidicas del Teide, volvió a ser valiente, y se increparon en su ánimo los poderes de juez que usó en Cádiz, animándole el deseo de castigar el daño recibido. Cuatro pensamientos tenía asociados en su mente: uno que le sugería el recuerdo de una trompada; otro, el baño matutino; el tercero, la barra del "Numancia"; y el último, la bomba del barco. Estos valores no lo dejaban salir de Santa Cruz por la idea fija de realizarlos con el capitán a quien acechaba.

Transcurrieron tres días, durante los cuales el capitán se daba prisa a descargar totalmente la fragata, para desarbolarla y traer a tierra sus paños, aparejos y demás aparatos de navegación; por-

que la casa armadora vió inútil el casco, gastado y lleno de lacras de la "Numancia".

Una noche, ya el reloj de San Francisco había dado las once, reclaron Otón y Juan Antonio por la calle de San José y hablaban de esta suerte:

—¿A qué tener miedo, Juan Antonio?

Este no intentó mirar a Otón; porque la oscuridad de la noche nada dejaría notar en su cara, y se concretó a contestarle.

—Yo, a nadie. Y si quieres dejármelo por mi cuenta, te aseguro que de un puñetazo hago de él una papilla.

—Entonces, ¿por qué me aconsejas que desista de encontrarme con él?

—No desconfío de tu valor; pero debemos temer a cualquier incidente, de que pueda valerse para denunciarnos.

—Esas apreciaciones temerosas, para que sea más prudente como esta mi aventura que busco, disípalas, porque no trato sino de castigar simplemente cada daño que me hizo, con una trompada bien dada. De manera que pueda reducir el combate a cuatro trompadas: una, por la que en ayunas me dió; otra, por el baño matutino; la tercera, por la barra, y la cuarta, por la bomba.

La conversación era sostenida por Otón en un tono agudo e irascible y, evidentemente, parecía templar su arrojo, como si presintiera que aquella noche había de poner en prueba su poder de hombre valiente.

Seguía al lado de su amigo cada vez más aferrado a esta idea. Callado ya, pero saboreando en su interior ese placer que podemos llamar instintivo de todo el mundo, de la venganza.

Cuando se detuvo de momento, para afirmarle a Juan Antonio:

—Sí; Talión o el Mencey guanche tenían razón. Ellos supieron apreciar cuanto importaba el valor de nuestro amor propio; su ley está conforme con mi dignidad. ¡Surge en mi pensamiento una claridad, dando a mi amor propio ofendido una deducción decorosa... Sí, trompada por trompada, baño por baño...!

Entretanto habían llegado a la extremidad del muelle que aún no rebasaba del puente que comunicó hasta hace poco la bahía con las aguas del Charco del Castillo.

Otón, bastante excitado ya, tiró del brazo de Juan Antonio y le hizo notar:

—Ahí lo tengo ya.

El capitán, a esa hora, regresaba a tierra, dejando la puntilla del espigón.

Otón se le interpuso, decidido, y le increpó:

—¡Ea! lobo de mar, y aquella trompada que distes conmigo en el mar, y aquella barra, a la que me atastes, y aquel dar a la bomba sin relevo, ¿crees que puedan quedar impunes. ¡Croto!!!

Con la rapidez del relámpago, abarcó su situación el capitán. La vacilación duró poco; porque éste también se las traía. Había que demostrar resistencia a la agresión que juzgó segura e inmediata,

y, encolerizado más por la palabra ¡Croto!, que siempre la consideró clasificación de vejámen a su persona, se abalanzó, descargando su puño derecho como una catapulta, sobre Otón, que detuvo en su brazo. Este correspondió al ataque asestándole una trompada en el parietal izquierdo que sonó como un golpe de ola al estallar en la concavidad de una roca.

Dos pescadores, solitarios y furtivos, que se hallaban al otro lado del charco, sorprendidos por la trifulca, se acercaron a la bulla de las trompadas que sonaban como desconcertadas castañetas.

Juan Antonio vigilaba desde la corniga del grueso muro del muelle.

— Cuando los dos pescadores quisieron intervenir para separarlos, él se adelantó, interponiéndose a ellos con estas palabras:

— Son dos hombres que saldan una factura. Dejadles.

Y uno de ellos añadió:

— De maíz, debe ser.

Y Juan Antonio afirmó:

— Sí; pero en mazorcas.

La pelea había llegado a su mayor encono. Otón paraba y devolvía los golpes del capitán, quien, esgrimiendo sus brazos, descargaba en el busto de Otón contundentes puñetazos y hasta algún furioso puntapié en sus tibias. Este empuje enfureció su ardor, y después de contar dos trompadas certeras en el capitán, pudo dominar la situación. Con la agilidad de sus piernas, oponiéndose a que avan-

zara hasta él, con la atención fija en el borde del muelle, consiguió hacerlo recular hasta él, y cuando lo encontró a punto, asestó en las narices del capitán, muy pesado, la cuarta trompada que le levantó los pies del suelo y lo lanzó al agua.

Otón se encontró sin combatiente con quien contender ya, y se acercó a Juan Antanio, diciéndole, satisfecho:

—Ya están dadas las cuatro trompadas. Vámonos.

Los pescadores se apresuraron a alargar sus cañas al capitán, que chapuceaba y maldecía sobre las olas, y lo arrastraron a las escalinatas próximas. Cuando subió a la superficie del muelle, las aguas habían cortado la hemorragia y borrado la sangre que la cuarta trompada hizo brotar de sus narices. Las lozas recogieron las aguas que escurrían de sus vestidos, los cuales le daban un aspecto de espantajo.

De lo demás sólo sabemos que, después de renovar el aire sódico de los pulmones, saturados de éste por el agua salada que tragó, lanzó a la masa fluida de la noche esta frase:

—¡Te has vengado bien, Crotus!

Se qued ó esta frase acompañando el casco de la fragata, que perdura de bloque bajo el pavimento del muelle, iniciando la dirección inadecuada de éste.

XVI

No tardó un mes para aparecer de nuevo en su vieja casona. No había llevado consigo la felicidad de esta, y caminó solo; y aislado, retornó a ella, sin otra conquista que un rostro amustiado y un cuerpo magullado. Ahora volvía a gozar de la blandura de su cama que lo esperaba, acogedora, en sus colchones fonges. Pasó la noche en un sosiego espiritual, sin acompañarle elucubraciones enojosas. Cuando despertó a la mañana siguiente, se encontró reaccionando y el amustiado rostro reanimado a la presencia de una fecha nueva.

Salió muy temprano de su casa, ávido de refrescar sus ilusiones que no habían dejado de asecharle. María Losky le atraía todavía.

Halló amortiguada la claridad de la mañana. Miró alrededor y algo inquietó su ánimo, fijándose

en la playa. Era temprano y el sol no brillaba como el último día que lo despidió; y no vió gente cruzando los caminos. Un viento fresco soplabá fuertemente, y el mar estaba rizado. Otón apretó con la mano su pecho y sintió latiendo la prenda que había ofrecido a María Losky. Miró, entonces, a San Juan de la Rambla y observó que el humo no se levantaba como otras veces, sobre la casa que estaba junto a la terraza; y las hojas de sus árboles le parecieron pálidas.

—Pero yo debo cumplir mi palabra. Tengo que verla dentro de pocas horas.

Aún el Sol estaba nublado, cuando Otón se precipitó afuera, sobre las murallas, y continuaba sin darse cuenta lo incierto de sus pasos. A la mitad del camino de tierra, encontró a la joven del vestido bordado.

—Buenos días— le dijo ella truncándole su pensamiento. Y después de recibir el saludo de Otón, con una sonrisa triste añadió:

—¡Se ha ido!!

—¿Quién?

—Ella—contestó la joven también extrañada.— Y me dió esta carta y este paquete para usted. Otón leyó atentamente la carta.

“Mi querido querube: No es cierto del todo que, en este mundo, podemos hacer de la vida lo que queremos. Por este pensamiento errático de las cosas que usted tiene, quiso, muy pronto, disponer de mí, y esto no está bien hacer conmigo, que me ilustra ya la experiencia.

Yo sigo mi destino, y no es que mi alma carezca de sensibilidad. Ya ve que la tengo de amiga, para aconsejarle sinceramente que se case con Josefina, la cual guarda el secreto de su felicidad.

Acepte mi regalo de boda y ofrézcalo en mi nombre a ella.

Haciéndolo así tallará usted la vida en dicha, como le desea, la reclusa

...**María Losky**

Otón, a la vista de aquel fuerte desengaño, abrió el paquete y presentó su contenido a Josefina, diciéndola:

—Este es el regalo de boda que hace a usted la gran **cantadora**.

Y ella, llena de sorpresa grande, repetía:

—Pero, y el novio, Otón... Pero el novio, ¿dónde está?

—¡Soy yo!— le dijo Otón con acento suplicante.

—¡Usted! —exclamó Josefina con un grito invadida de un asombro inexplicable.

Y creciendo la admiración en ella, no podía ver sino una broma, en la proposición de Otón.

—Sin duda, usted está loco— Y se reía ella mucho.

—Lo estuve hasta ayer; pero ahora estoy cuerdo— le afirmó seriamente él.

Ella entonces reaccionó, volviendo a la actitud normal de doncella humilde y pudorosa.

Otón la miraba con insistencia y le repetía:

—¿Acepta usted, Josefina?

Hasta que ella bajando más sus ojos le contesto:

—Sí, Otón.

La sonoridad de este sí se confundió con un acorde, al beso que ella daba a su traje de boda que le devolvía el amor, la felicidad y la vida.

XVII

No muy lejos de la aristocrática morada de Gorderjuela, había una pequeña Capilla, rodeada por palmas y grupos de milenarios pinos. Una redonda superficie que, en tiempo de siega, servía de era, estaba situada también en esta parte del bosque, circundada de unas palmas altísimas, por entre cuyos troncos la brisa entraba a unirse a la faena de los bieldos. Y muy cerca de esta, se erguía un mirador con bancos de piedras, cubriéndolo un enrejado verde, cargado de vides.

¿Quiénes eran los agraciados habitantes de aquel pedazo de Paraíso?

Los moradores de aquel vergel eran Otón y Josefina y sus cuatro hermosos hijos, tres hembras y un varón, que juegan llenos de alegría y salud,

bajo el emparrado, cuajado de dorados racimos de uvas, diez años después de los acontecimientos que hemos relatado anteriormente.

¡Cuán halagadoras y amorosas horas pasaban, allí, Otón y Josefina con sus encantadores hijos, aspirando en la tarde el olor de los claveles y rosas plantadas por ella para pintar los setos de los alrededores de la terraza! ¡Veían, felices, escapar bajo sus pies, el arroyuelo plateado que iba a caer en brazos de un mar alegre! ¡Ellos, los únicos descendientes de Gordejuela, sentían su conciencia marchar uniforme con la serenidad del lugar y por eso el día y la noche les eran igualmente plácidos!

Todos los días, al suavizar sus rayos el sol, bajaban a este bello sitio la familia dichosa que había formado Otón, en su rica y tranquila propiedad de Gordejuela. En esta no se contaban prejuicios que turbaran su conciencia, ni se habían registrado en la familia disgustos que laceraran su corazón. Todo era virgen en su recinto, había pureza en el aire y en su suelo, como en el corazón y en las conciencias de sus moradores. ¡Allí no había recuerdos de hazañas feroces que espantaran su alma! ¡Allí, ningún crimen daba a las sombras su horrible forma! ¡Allí ningún árbol señalaba el sitio donde un hombre encontró la muerte, ni un amante lugar para ocultar su felicidad! ¡Allí no se encontraba un arco mohoso, ni una urna rota, ni una torre caída, ni un retrato confuso que trajeran tristes meditaciones a su mente! Para ellos, Gordejuela no tenía historia, era todo nuevo; cada día el Sol parecía salir

por primera vez, como si viniera a presenciar el curso de la creación.

No tenían estantes con volúmenes de ideas divergentes o de dudosas interpretaciones que provocaran confusiones en sus creencias. Por eso aquellos descendientes felices de Gordejuela les parecía el tiempo un presente nunca terminado. La abundante luz en el éter era el brillo límpido de su esperanza. Jamás las flores les sirvieron para endulzar el llanto o callar un suspiro que les causara un recuerdo triste y lutuoso.

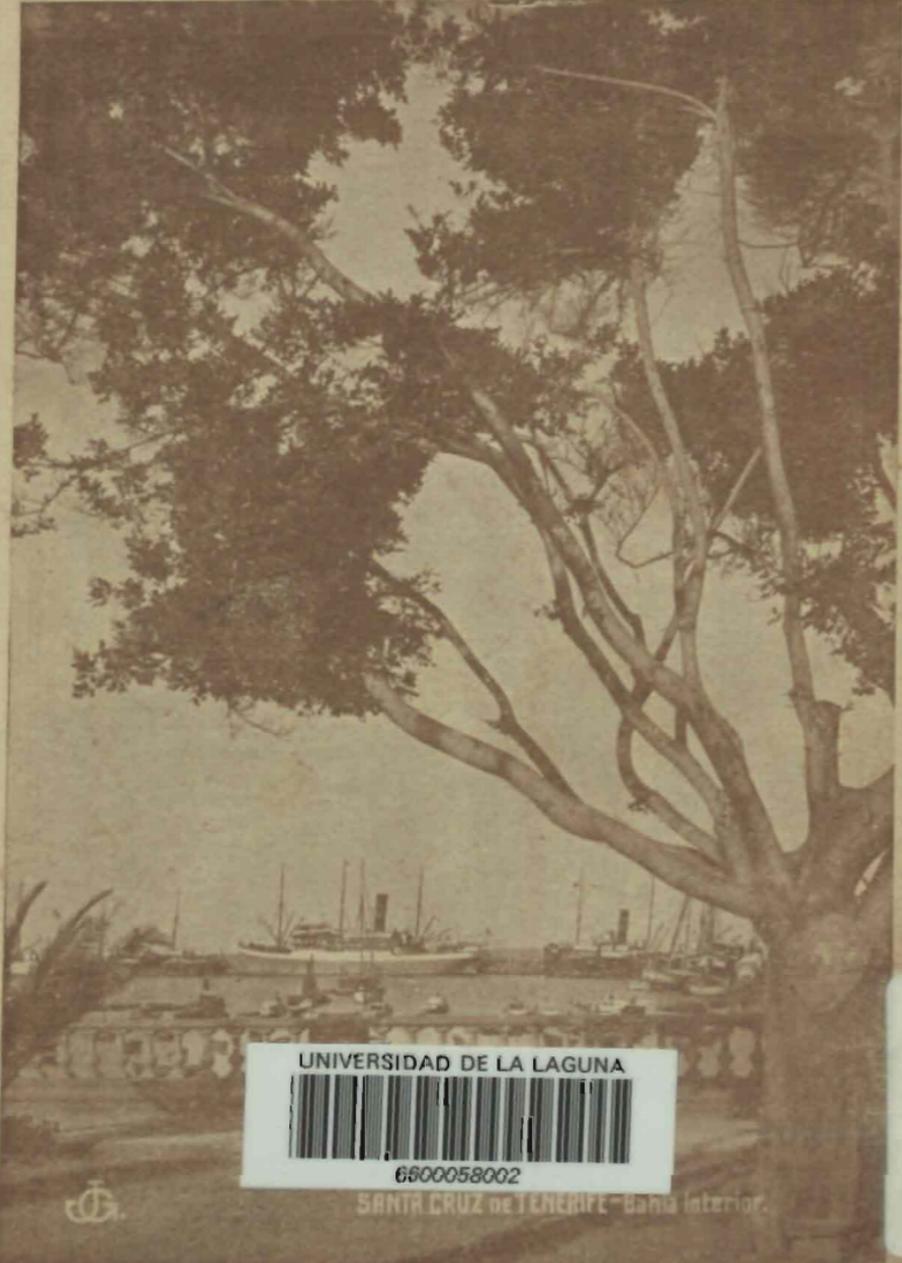
FIN





FÉ DE ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
9	y	yo
18	eso	—
31	oscas	oseas
33	él	a el
35	tutos	tufos
35	sentió	sintió
38	al	el
38	guzgaba	juzgaba
48	trajar	tajar
52	grotegia	protegia
59	como	con
59	aguno	agudo
68	felicidad	infidelidad



UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA



6800058002



SANTA CRUZ de TENERIFE - Bahía Interior.